

ha en el punto por donde podía ser cruzado el Oujá, y por donde corría riesgo de ser rebasada la izquierda de los rusos, hallóla detestable, y trató de una manera ofensiva al coronel Toll, por empeñarse en sostenerle que era buena. Desde entonces la batalla fué otra vez aplazada por la voluntad propia del que la solicitaba con mas ardimiento. En vista de esto, Barclai de Tolly abrazó el partido de levantar el campo y de cruzar rápidamente por Dorogobouga, para dirigirse á Wiasma, donde se decía que habia una posicion mucho mas ventajosa.

Asi el ejército ruso, á quien se creyó tan aperturado á la pelea, ocultóse de pronto á la vista, de manera de dar á entender que nunca habia pensado en batirse. Pero el tacto de Napoleon era tan seguro y la experiencia del mariscal Davout tan consumada que no podian engañarse, al reconocer en aquellos átos seguidos de retiradas repentinas, no irresoluciones, sino perplejidades de un ejército determinado á la pelea, y que solo buscaba el terreno donde pudiera empeñarla mas ventajosamente. Claro era que, siguiéndole otros dos ó tres dias, se le hallaria al fin dispuesto á hacer cara, y á admitir la batalla que tantas veces se le habia ofrecido. En semejante estado de cosas, detenerse por dos ó tres marchas que faltaban todavía, no parecia una resolucion bastante motivada, y habiendo hecho ya Napoleon las tres etapas, que separaban á Esmolensko de Dorogobouga, no vaciló en atravesar las otras tres que separaban á Dorogobouga de Wiasma, donde era probable que al cabo se alcanzara al ejército ruso; solo que como no era hombre que se engañara sobre las consecuencias

de sus actos, ya no dudó de lo que iba á verificarse, esto es, del encadenamiento de las cosas que debía conducirle hasta Moscou (1). En Wiasma no estaria aun á la mitad del camino entre esta ciudad y Esmolensko, pero si muy cerca: ya la habria pasado en Ghjat, y si se ganaba una gran batalla á algunas jornadas de Moscou, no era el caso de detenerse y de renunciar al inmenso brillo de la entrada de los franceses en esta antigua capital de los czares. Partido de Esmolensko, sin haberse aun

(1) Una de las cuestiones históricas que se han ventilado mas á menudo es la de averiguar, porqué Napoleon no se detuvo en Esmolensko y empleo lo que faltaba de la estacion en organizar la Polonia, y preparar su punto de partida para un segundo movimiento que hubiera comenzado el año de 1813; en suma por qué no se resignó á hacer esta guerra en dos campañas, en vez de quererla acabar en una sola. Esta cuestion, siempre asentada, nunca ha sido resuelta por no haberse consultado la correspondencia de Napoleon, desconocida hasta ahora, y buscado en ella los motivos, que dia por dia le arrastraron de Wilna á Witebsk, de Witebsk á Esmolensko, de Esmolensko á Dorogobouga, de Dorogobouga á Moscou. La atenta lectura de esta correspondencia, curiosa y siempre profunda, nos ha explicado y revelado los escalones por donde Napoleon se encontró llevado hasta Moscou mismo. Al presente procuramos transmitir esta sucesion de ideas con la exactitud mas rigurosa, y afirmamos que, corriendo detrás de una batalla, cuyo efecto moral le parecia necesario, fué conducido Napoleon desde Esmolensko á Dorogobouga, á Wiasma, á Ghjat, á Borodino, y hallóse casi sin quererlo á las mismas puertas de Moscou. Una vez llegado á tal punto, la entrada en esta ciudad no podia ser objeto de duda. Todavía falta saber porqué permaneció allí tanto tiempo. Tambien nos lo revelará la misma correspondencia, y lo transcribiremos con la propia exactitud, cuando lleguemos á esta parte de nuestro relato.

fijado, resolvióse definitivamente en Dorogobouga, y el 26 expidió sus órdenes como convenia darlas para una marcha que ya hasta el mismo Moscou no terminaria.

Aunque, al dejar á Esmolensko, se hubiese ocupado Napoleon en su base de operaciones, necesitaba atender mas á este punto al abrazar el partido de trasladarse todavía á mayor distancia. Esta base, que habia estado al principio en Danzick y en Thorn, despues en Koenigsberg y en Kowno, mas tarde en Wilna, se habia mudado sucesivamente, á medida que se prolongaba esta marcha extraordinaria por entre la Polonia y la Rusia. Evidentemente era Esmolensko la nueva base en que se habia de buscar el apoyo. Allí estaba el nudo que unia el Dwina y el Dnieper y los enlazaba con Wilna y Kowno. Por esto Napoleon resolvió llamar allí inmediatamente al cuerpo del mariscal Victor, compuesto de cerca de treinta mil hombres, de los cuales una tercera parte era de tropas francesas, otra de excelentes tropas polacas, y otra de tropas de Baden y de Berg muy bien organizadas. Este cuerpo, que iba á engrosar la corriente continúa de batallones de marcha, situado en Esmolensko, donde descansaria y se alimentaria perfectamente, debia estar pronto á sostener al mariscal Saint-Cir ó al príncipe de Schwarzenberg, en el caso en que alguno de los dos llegara á sufrir descalabros. Napoleon juzgaba que, en vez de experimentar reveses, alcanzarían triunfos, haciendo buen uso de sus fuerzas. Sin embargo, poniéndose en lo peor, se figuraba que serian reducidos á la defensiva, lo cual era á sus ojos la mas desfavorable de las eventualidades posibles, y en tal caso

consideraba al cuerpo del mariscal Victor como destinado á hacer cara á las tropas que regresaran de Turquía. No conceptuaba que pudiesen volver mas de treinta mil hombres del bajo Danubio, lo cual era exacto, y entonces, ora se dirigiesen las tropas por la Volhinia sobre Polonia, ora se encaminasen por la Ukrania sobre Kalouga y Moscou, el 9.º cuerpo nos pondria en aptitud de hacerlas frente, marchando en ayuda del príncipe de Schwarzenberg ó del grande ejército mismo. Lo que se inclinaba mas á creer Napoleon era que, siendo herida en el corazon por la marcha sobre Moscou la Rusia, no persistiria en llevar sus fuerzas á las extremidades, y que el almirante Tchitchakoff no se dirigiria sobre Kiew, sino sobre Kalouga. Así consideraba la posicion del duque de Bellune en Esmolensko como la mejor escogida para todas las hipótesis imaginables. De consiguiente envióle sus órdenes desde Dorogobouga el 26 de agosto, y le dió instrucciones ajustadas á las ideas que acaban de ser emitidas.

Todavía llevó su prevision mas lejos. No queria que este cuerpo se hallara diseminado en pequeñas guarniciones; para evitar este inconveniente ya habia atraído sobre Wilna algunos regimientos sajones, polacos, westfalianos, anseáticos, dejados en Danzick y Koenisberg hasta entonces; y dispuso que todos fueran trasladados á Minsk y Esmolensko, para suministrar desde allí las guarniciones y los destacamentos de que se necesitara. Con el fin de reemplazarlos en Danzick habia llamado previamente á este punto á una de las divisiones del mariscal Augereau, mandada por el general Lagrange, y toda compuesta de batallones

de marcha. También hizo que esta division viniera á Esmolensko, para reforzar los diversos cuerpos del grande ejército y cubrir las bajas producidas por las batallas que hubiera, y escalonarse entretanto sobre el camino. Esta division debió ser relevada en Danzick por otra, perteneciente al cuerpo del mariscal Augereau de igual modo, á las órdenes del general Heudelet, y que solo constaba de cuartos batallones. De esta suerte el mariscal Augereau se iba á ver enteramente privado de una de sus cuatro divisiones, la llamada á Esmolensko. A esta falta proveyó Napoleon con las tropas que resolvió sacar de Italia. Sin duda se hace memoria de que, desconfiando de la corte napolitana, habia formado, á las órdenes del general Grenier y entre Nápoles y Roma, un cuerpo de ejército con muchos buenos regimientos franceses y otros de extrangeros al servicio de Francia. Estando Murat bajo su mano, y no teniendo ya nada que temer de su ligereza, pensó que el ejército de Nápoles, organizado esmeradamente, bastaria para guardar el Mediodia de Italia; ademas le dejó los regimientos de Itembourg y de Latour d'Auvergne, y ordenó que las tropas francesas del general Grenier se reunieran en Verona, para formar una excelente division de quince mil hombres, compuesta de lo mejor que habia en Italia. Al general Grenier previno que se dirigiera lo mas pronto posible á Augsburgo, marchando no obstante con la prudencia conveniente, para no sembrar los caminos de rezagados. Asi el mariscal Augereau iba á ganar mucho mas que perdía, y á hallarse con cuatro divisiones y con el número de cincuenta mil hombres de tropas activas.

Ya habia invertido cinco dias en ordenar en Esmolensko los establecimientos militares que creaba por donde quiera que pasase, y que desgraciadamente no siempre estaban terminados cuando partia. Habia prescripto la construccion de veinte y cuatro hornos, la transformacion de los conventos y de las iglesias en almacenes, al acopio de estos almacenes con los recursos del pais, la formacion de un vasto hospital, provisto de todos los objetos necesarios, disposicion urgente, pues habia que curar á cuatro mil franceses y á tres mil rusos, y habiéndose quedado detrás el material de los hospitales de sangre, á falta de trapos se echaba mano del papel de los viejos archivos de Esmolensko. También habia ordenado dar sepultura á los cadáveres que no podia hacer desaparecer la poblacion fugitiva, y cuyo abandono sobre un suelo abrasado producía, no solo hediondez, sino pestilencia, el establecimiento de un puente de estacas en Esmolensko, la reparacion de sus murallas, su armamento, y en fin, otras cien providencias igualmente provechosas. Allí dejó una division de su Jóven Guardia á las órdenes del general Delaborde, que tan bien habia servido en Portugal, interin los destacamentos, que se habian quedado detrás, llegaban á formar la guarnicion de esta ciudad importante. Llamó á este punto á los que habia dejado en Witebsk, donde debian ser relevados por otros. Cambió el camino del ejército, y en vez de hacerle pasar por los puntos que personalmente habia recorrido en su marcha, esto es, por Gloubokoe, Ouschatsch, Beschenkowiczi y Witebsk, determinó que pasara por Smorgoni, Minsk, Borisow y Orscha, por ser mas corta la travesía. Dispuso que los

batallones de marcha, al llevar al ejército los reclutas, conforme á las reglas que de muy atrás dejaba establecidas, siguieran esta nueva línea de etapas, y expidió órdenes para acelerar su arribo. La division polaca de Dombrowski, destacada del cuerpo de Poniatowski y situada en Mohilew para enlazar el grande ejército con el cuerpo austro-sajon, recibió una brigada ligera, á fin de que pudiera extender su vigilancia mas lejos, y cuidar mejor de esta nueva base de operaciones. Escribió á los mariscales Macdonald y Saint-Cir, que guardaban el Dwina, y al príncipe de Schwarzenberg, que custodiaba el bajo Dnieper, advirtiéndoles que iba á seguir adelante para dar una batalla decisiva, y les mandó que protegieran bien los flancos del grande ejército, mientras procuraba descargar un golpe mortal sobre el enemigo. Finalmente, envió á decir al duque de Bellune que se preparara á venir á Wilna, porque desde este punto central el noveno cuerpo sería el recurso de aquel de nuestros generales que fuera batido en alguna de nuestras alas.

De este modo con un cuerpo de cincuenta mil hombres entre Berlin y Danzick, con fuertes guarniciones en Danzick, en Koenigsberg, en Memel, en Kowno, en Wilna, en Witebsk, con los dos cuerpos de los mariscales Saint-Cir y Macdonald junto al Dwina, con el cuerpo del príncipe de Schwarzenberg junto al Dnieper, con una excelente division polaca en Mohilew para enlazar al príncipe de Schwarzenberg al grande ejército, con el cuerpo del duque de Bellune perfectamente disponible en Esmolensko y pronto á socorrer á aquella de sus alas que estuviera en peligro, ó á seguir sus hue-

llas hácia Moscou; por último, con la corriente continua de batallones de marcha, dando guarniciones en todas las ciudades del camino, interin llegaban á completar el grande ejército, con todos estos medios, Napoleon se consideraba seguro, y no creia que jamás se pudiera comparar su conducta á la de Carlos XII.

Dignas sin duda eran de su alta prevision estas vastas providencias, y parecia que debieran ponerle á cubierto de todo linage de accidentes. Sin embargo, por parte de sus lugartenientes era objeto una de ellas de observaciones sobrado tímidamente presentadas, y desgraciadamente justificadas por los resultados, y era la que consistia en dejar divididas en dos cuerpos las tropas destinadas á guardar el Dwina. Contando el cuerpo del mariscal Saint-Cir veinte mil franceses y diez mil bávaros despues de los últimos sucesos, quizá bastara con un general emprendedor y sobre todo con subsistencias, para batir al cuerpo de Wittgenstein; pero reducido á menos de veinte y cuatro mil combatientes, por el envio de numerosos destacamentos en busca de víveres, y situado á largas distancias de sus apoyos, en regiones desconocidas, no debia causar extrañeza que ni bajo un gefe tan hábil como el mariscal Saint-Cir nada decisivo llevara á cabo. Con veinte y cuatro mil hombres á lo sumo, repartidos entre Riga y Dunaburgo no podia el mariscal Macdonald ni tomar á Riga, ni mantener con el mariscal Saint-Cir las comunicaciones. Al revés, uniendo estos dos cuerpos, segun el mariscal Macdonald proponia, fuera Wittgenstein abrumado, se pudiera pasar mas allá del Dwina, establecerse hasta en Sebej, forzar asi á Wittgenstein

á replegarse sobre Pskow, y tener por este lado una superioridad marcada. Verdad es, que la Curlandia quedara expuesta á las correrías de la guarnicion de Dunaburgo, y ni se hubiera sitiado á Riga, de la cual deseaba Napoleon apoderarse; pero ocupando fuertemente á Tilsit, guardando bien el curso del Niemen hasta Kowno, no podian ser de grandes consecuencias las correrías de los cosacos á Curlandia; y en cuanto al sitio de Riga, era muy problemático que un cuerpo reducido á veinte y cuatro mil hombres, obligado á destacar una tercera parte de su fuerza efectiva á diversos puntos, fuera capaz de ejecutarlo. Salva esta providencia, de la cual se verán mas tarde los resultados, y que se rozaba con la fatal propension á querer abarcar á la vez todos los objetos, Napoleon adoptó las verdaderas providencias que la situacion exigia. Conociendo la dificultad de asegurar la correspondencia del grande ejército con sus espaldas por entre bandas de cosacos, ordenó que en todo puesto se estableciera una especie de pequeña ciudadela con empalizadas, capaz de contener cien hombres de infanteria, dos bocas de fuego, quince hombres de caballeria, un almacén, un hospitalito, caballos de posta, y un comandante enérgico é inteligente. Los gobernadores de Minsk, de Borisow, de Orscha, de Esmolensko, fueron encargados de proveer á estas atenciones con sus soldados, y asi ni los paisanos ni los cosacos podian interceptar de ningun modo la trasmision de las órdenes y de las noticias. Por último, esperando volver á invernar á Polonia, si un triunfo y la toma de Moscou no abatian el valor de Alejandro, quiso que por dinero ó por medio de requisiciones se juntaran en Lithuania un

millon y doscientos mil quintales de granos, sesenta mil bueyes, doce millones de fanegas de avena, cien mil quintales de heno, otros tantos de paja, y que se reuniesen estas vastas provisiones en Wilna, en Grodno, en Minsk, en Mohilew, en Witebsk y en Esmolensko. Con esto habia para alimentar al ejército mas de un año, y era muy posible, y especialmente con dinero, proporcionárselo todo en Polonia. Napoleon habia llevado consigo un pingüe tesoro en numerario, y ademas falsos rublos en papel-moneda, que hizo fabricar en Paris sin escrupulo alguno, creyendo que le justificaba la conducta de los coligados, que en otra época habian llenado de asignados falsos la Francia.

Tomadas estas precauciones, Napoleon abandonó á Dorogobouga en el órden siguiente. Murat formaba la vanguardia con la caballeria ligera de los mariscales Davout y Ney, con la caballeria de reserva de los generales Nansouty y Monthbrun y con mucha artilleria montada; el mariscal Davout, le seguia inmediatamente, llevando pronta de continuo una de sus divisiones para socorrer á la caballeria. Detrás de Davout marchaba Ney, y con Ney la Guardia. El príncipe Poniatowski, con su cuerpo y la caballeria de Latour-Maubourg, manteniéndose á dos ó tres leguas del camino real sobre la derecha, se aplicaba á desbordar al enemigo, y á recoger informes, que la lengua hablada por los polacos y la menor desaparicion de los habitantes hácia los caminos laterales le permitian proporcionarse mas fácilmente. Posicion semejante ocupaba el príncipe Eugenio sobre la izquierda, y marchaba á dos ó tres leguas del camino real, siempre algo delante del grueso del ejército, á fin de desbor-

dar á los rusos. Le precedía la caballería del general Grouchy.

Seguía el cuartel general con los parques de artillería y de ingenieros, con mil carros de equipages cargados de comestibles. Estos víveres estaban destinados á sustentar á la Guardia, á la cual no quería Napoleon acostumbrar al merodeo, y para proporcionar subsistencia á todo el ejército el día que se necesitara concentrarse para dar batalla. Salvo el cuerpo de Davout, cuyos soldados llevaban víveres para ocho días á la espalda, y una reserva de tres ó cuatro en carros, los otros cuerpos debían vivir sobre el terreno. Efectivamente, se había echado de ver que las aldeas estaban menos desprovistas de lo que se supuso al principio, y que especialmente en los caminos laterales, donde los rusos no habían tenido tiempo de destruirlo todo, quedaba muy bastante porción de subsistencias. Este era el recurso reservado al príncipe Eugenio sobre la izquierda, y al príncipe Poniatowski sobre la derecha.

Se hallaba, pues, desembarazado el ejército de parte de sus carros. No llevaba municiones de artillería en cantidad considerable, y en punto á trenes de puente, se había limitado á los hierros y á los útiles necesarios para echar puentes de caballetes. Sobre esta meseta central, que separa el Báltico del mar Negro, los ríos, casi todos en su nacimiento, eran de lento curso y de poca hondura, y no se necesitaba arrastrar consigo barcas. Bajo el aspecto de la calidad de los hombres, juntaba el ejército lo mejor que había contado en sus filas. Perdido había desde Witebsk cerca de quince mil hombres en diversos combates, especialmente en

Esmolensko y en Valoutina; diez mil había perdido por las marchas. Una división de la Guardia había dejado en Esmolensko, sobre el camino de Witebsk una división italiana en observación con la caballería ligera que el general Pajol tenía bajo su mando, y estaba reducido de ciento setenta y cinco mil á ciento cuarenta y cinco mil hombres por todas estas causas. Es verdad que no se podía ver nada mas excelente. De perfecta serenidad era el tiempo, se marchaba por un bello y espacioso camino, guarnecido de muchas hileras de álamos blancos, por entre verdes llanuras, y aunque el espíritu de los generales estuviera zozobroso, los soldados se dejaban guiar supersticiosamente por la estrella de su caudillo. Ya se había divulgado el susurro de que se iba á Moscou.—¡A Moscou, gritaban los soldados, á Moscou!... y seguían á Napoleon, como en otro tiempo seguían á Alejandro los soldados macedonios á Babilonia.

Llegaron el día 48 á Wiasma, ciudad linda y bastante poblada, cruzada por un río, cuyos puentes estaban rotos. No contemplando mas á las ciudades que á las chozas, los rusos habían prendido fuego á esta pobre ciudad de Wiasma; pero, según su costumbre, prendieronlo de prisa y á última hora. Así nuestros soldados lograron apagarlo y salvar parte de las casas y de los comestibles. De igual modo se aplicaron á restablecer los puentes. Todos los habitantes se habían dado á la huida, y no refrenaban ni los miramientos de la humanidad ni los de la política en la manera de disfrutar de un país conquistado. Se establecían, pues, los soldados en lo que habían arrancado al fuego como en hacienda propia, y se vivía sin reserva, y hasta sin

economía, debiendo partir al día siguiente. Por desgracia, si estaban prontos á arrojarlos en medio de las llamas para atajar sus destrozos, se lograba difícilmente dominarlas á causa de la madera, que forma en Rusia la mayor parte de sus construcciones; y luego, cuando se habia conseguido, quemando los soldados cocer pan en los hornos de las casas, por descuido prendian el fuego que por cálculo prendieron los rusos, y que por necesidad se habia apagado. Con todo, aunque no sin trabajo, y sin muchos azares, se vivia, porque la industria del soldado francés igualaba á su denuedo.

Segun los informes adquiridos por la vanguardia, informes verdaderos sin duda, debiamos haber encontrado en Wiasma á los rusos, prontos á recibir la batalla á que habian acabado por resolverse, y decididos á admitirla tan luego como el terreno les pareciera favorable. Pero no juzgando los rusos conveniente el de Wiasma, habian trasladado sus miras al de Czarewo-Zaimitche, situado á dos jornadas de distancia, y que debia ofrecer á los acometedores muy grandes dificultades. Al parecer desde que el general Barclai de Tolly habia concedido á las pasiones de su ejército la batalla tan anhelada, se mostraba menos impaciencia por darla y mas dificultad en la eleccion del terreno. Tanto en los campos como en la plaza pública siempre es la misma la muchedumbre; concederla aquello que pide, es casi un medio de hacer que la desagrade. Los mas ardientes partidarios de la batalla, el príncipe Bagration entre ellos, no encontraban ningun terreno á su gusto. No habian querido el de Ouja; no querian tampoco el de Wiasma: ahora se remitian al de Czarewo-Zaimitche. Se

ve á través de cuantas vicisitudes acababa por prevalecer el sistema de una retirada continua, enderezada á llevarnos á las profundidades del imperio.

Por lo demas para Napoleon ya no era cuestion la de saber si habia de seguir á los rusos. Abrazado estaba su partido en esto desde que se convenció de que acabarian por admitir la batalla, y una ó dos marchas mas para llegar á este resultado, que á sus ojos debia ser decisivo, no eran ya una consideracion capaz de detenerle. Por tanto ni sorpresa ni despecho le causó ver que los rusos tambien habian levantando el campo de Wiasma, y resolvió seguirlos por el camino de Ghjat. Sin embargo, en su rededor empezaban á preocupar los animos sinieistros presentimientos. Todas las noches, la necesidad de ir á los forrages hacia perder centenares de hombres, y la fatiga mataba á centenares de caballos. El ejército disminuia á vista de ojo, sobre todo la caballería, y podiase temer que aquel sistema de los Partos, del cual se jactaban los rusos en sus bivaques, al par que llenaban de insultos á los generales que lo ponian en planta, fuese harto efectivo y estuviese próximo á proporcionarles el triunfo. Berthier, hombre de extremada reserva, Berthier, que tenia en la guerra el buen sentido del príncipe Cambaceres en la política, pero que no era mas atrevido cuando convenia explicarse, Berthier se permitió dirigir algunas observaciones á Napoleon sobre los peligros de esta expedicion llevada á todo trance, y de querer dar cima en una sola campaña, á lo que exigia dos sin duda. Hizo valer las fatigas, la escasez de viveres el sucesivo menoscabo de la fuerza efectiva, l'

mortalidad de los caballos, y por encima de todo la dificultad de la vuelta. Napoleon, que sabia perfectamente cuanto se le pudiera decir sobre este punto, y que se irritaba de hallar en boca de otros la expresion de las ideas que asediaban su mente, recibió muy mal las observaciones del mayor general y dirigióle esta réplica ofensiva, que lanzaba al rostro de todo el que le objetaba algo.—Y vos tambien, vos sois de los que no quieren más!— Luego llegó casi hasta á injuriarle, comparándole á una vieja, diciéndole que se podia volver á Paris si le acomodaba y que sabria pasarse sin sus servicios. Humillado Berthier le respondió con un dolor concentrado, fuese al cuartel del mayor general, y durante muchos dias dejó de ir á sentarse a la mesa imperial, aun cuando hizo todas sus comidas como de costumbre (1).

Por la misma época tuvo lugar otro incidente no menos sensible. Se ha visto de que manera Davout y Murat disentan de continuo en la vanguardia, como era propio de sus distintos caracteres. Irritado el mariscal en Wiasma de ver la caballería tratada por Murat sin contemplaciones, le negó su

(1) Se han referido muchos altercados, falsos ó exagerados, de Napoleon con sus lugartenientes durante esta campaña. Me limito á lo auténtico lo mismo en esto que en todo. De boca de un testigo ocular y fidedigno, tan adicto á Napoleon como á Berthier, y que ocupaba en el ejército un puesto elevado, he sabido lo que refiero. Por lo demas este altercado con Berthier fué ya muy conocido entonces, y en muchas memorias contemporáneas se halla mencionado. Es el mas comprobado de cuantos se han referido, y asi le creo digno de ser consagrado por la historia. Merece excepcion semejante asi por el personaje Berthier como por la autenticidad del hecho.

infantería, por no quererla exponer á igual trato. En vano alegó Murat su calidad de rey, de cuñado del emperador, pues el mariscal Davout obstinóse en su negativa, y delante de todo el ejército prohibió al general Compans que obedeciera al monarca napolitano. Tan viva habia sido la disputa, que se ignoraba adonde conduciria, mas la apaciguó la presencia de Napoleon, quien, aun participando del dictámen del mariscal Davout, sintióse ofendido á causa de los pocos miramientos de éste por el parentesco imperial, y le hizo un público desaire determinando que la division de Compans obedeciera las órdenes de Murat mientras estuviese en la vanguardia.

Desde Wiasma se emprendió el movimiento hacia Ghjat el 31 de agosto. Sobre el camino y en Czarewo-Zaimitche se esperaba encontrar á los rusos. Al llegar allí vióse que ya habian partido como de Wiasma y como de Dorogobouga. Sin embargo no causó extrañeza, y se resolvió seguirles con la seguridad de darles alcance muy pronto. Efectivamente todos los rezagados, que eran cogidos, referian unánimemente que el ejército iba á dar batalla, y que para decidirse á ella solo aguardaban los refuerzos enviados del centro del imperio. En esta misma jornada la caballería ligera apoderóse de un cosaco artillero á las órdenes de Platow. Como parecia muy inteligente, deseando el emperador dirigirle preguntas durante la marcha, ordenó que se le diese un caballo, y le hizo colocar entre él y Mr. Lelorgne d'Iderville, intérprete agregado al cuartel general. Ignorando el cosaco la compañía en que se hallaba, porque la sencillez de Napoleon nada tenia que pudiera revelar á una



imaginacion oriental la presencia de un soberano, explicóse con la familiaridad mas extremada sobre las cosas de la presente guerra. Contó cuanto se decia en el ejército ruso de las divisiones de los generales, supuso que hasta Platow habia dejado de ser amigo de Barclai de Tolly, ponderó los servicios de los cosacos, sin los cuales, segun afirmaba, ya hubieran sido vencidos los rusos, aseguró que dentro de poco habria una gran batalla, que, si se daba antes de tres dias, los franceses saldrian vencedores, pero que, si se daba mas tarde, solo Dios sabia los resultados de ella. Añadió que los franceses, segun se decia, llevaban por gefe á un general llamado Bonaparte, acostumbrado á vencer á todos sus enemigos, pero que se iban á recibir inmensos refuerzos para hacerle cara, y que acaso esta vez seria menos venturoso, etc..... Esta conversacion, en la cual se reflejaban de la manera mas natural y mas original todas las ideas que circulaban en el ejército ruso, interesó mucho, é hizo sonreir varias veces al poderoso interlocutor del jóven cosaco. Queriendo probar el efecto de su presencia sobre este hijo del Don, dijo Napoleon á Mr. Lelorgne d'Ideville que le revelara que precisamente el personage, á cuyo lado iba, era el general Bonaparte. No bien él intérprete le impuso en el secreto, quedó el cosaco como acometido de un desmayo, no profirió palabra, y caminó con los ojos siempre fijos sobre aquel conquistador, cuyo nombre habia penetrado hasta él por entre las estepas del Oriente. Toda su locuacidad pasó de pronto, para ceder el puesto á una admiracion sencilla y silenciosa. Despues de recompensarle, hizo Napoleon que se le diera libertad, como se le da á

un pájaro en los campos que vieron su nido (1).

Durante esta jornada llegó la vanguardia á Ghjat, pequeña ciudad, bastante bien provista de recursos especialmente en granos, y que hubo tiempo de arrancar á las llamas. A otro dia, que era el 1.º de setiembre, fué el cuartel general á establecerse en este punto. Una repentina lluvia convirtió el polvo de los campos moscovitas en un lodo espeso, donde se metian bastante los soldados. Espantado Napoleon de las pérdidas de hombres y de caballos al seguir el avance, resolvió detenerse en Ghjat dos ó tres dias. Su intencion era ya seguir

(1) La repugnancia que me inspira todo lo que no es rigurosa verdad en historia, me hubiera impedido referir esta anécdota inapreciable, á pesar de la ventaja de pintar al vivo el estado moral de las masas, con las cuales íbamos á trabar la pelea, si de su autenticidad no estuviera muy seguro. Bastantes años ha que me la refirió el propio Mr. Lelorgne d'Ideville con los pormenores que trascibo, y quizá ni este recuerdo, que tiene ya veinte años de fecha, bastara para decidirme á contarla, si no la hubiese hallado reproducida por entero y con muchas particularidades en la correspondencia íntima de Mr. Lelorgne d'Ideville con Mr. de Bassano. Por Mr. de Bassano fué colocado Mr. Lelorgne d'Ideville al lado del emperador en clase de intérprete secretario, y todas las noches pagaba su deuda á Mr. de Bassano, refiriéndole cuanto habia pasado durante el dia, sobre todo respecto de la persona de Napoleon. Mr. Lelorgne d'Ideville habia vivido mucho tiempo en Rusia, conocia la lengua del pais perfectamente, y durante esta marcha sobre Moscou fué constantemente á caballo al lado del emperador. Asi era uno de los testigos que mas interesaba oír sobre esta campaña, y su correspondencia es uno de los restos mas preciosos. Dirigida á Wilna, no le cupo la mala suerte que á los papeles de Napoleon, quemados ó destruidos al paso del Berezina.

hasta Moscou á los rusos, segurísimo de encontrarlos, aun cuando fuera á las mismas puertas de aquella capital y determinados á defenderla á muerte. No habia pues motivo alguno que impulsara á correr sin aliento para tomarles la delantera, y era mucho mejor llegar mas en número y con menos fatiga al terreno del combate. De consiguiente previno á todos los gefes que allegaran sus rezagados; que por medio de listas rigurosas averiguaran el número de combatientes que se podian poner en línea; que pasaran revistas de armas y recontaran las municiones; que por el medio ordinario del merodeo se proveyeran de viveres para dos ó tres dias; y finalmente que dispusieran el cuerpo y el alma de sus soldados á la gran lucha que se preparaba. A mayor abundamiento la esperaban aquellos valientes soldados, segun todas las relaciones de las avanzadas, y no se necesitaban muchos esfuerzos para disponerles á ella, pues la deseaban ardientemente y consideraban que debia poner término á sus fatigas, y ser una de las mas insignes jornadas de su vida gloriosa.

Efectivamente llegada era la hora de esta batalla, y resueltos estaban á darla los rusos. Ya la hubieran dado en Czarewo-Zaimitche, si un nuevo cambio sobrevenido en su ejército no produjera un retardo de algunos dias. Este cambio tenia su origen en San Petersburgo, en el seno mismo de la corte de Rusia.

Expulsado Alejandro de su ejército en cierto modo, se habia trasladado á Moscou, para desempeñar allí el papel que se le habia propuesto como el mas adecuado á su dignidad y el mas útil á la defensa del imperio, el de entusiasmar y sublevar

a las poblaciones rusas contra los franceses. Llegado á Moscou, convocó allí á los cuerpos de la nobleza y de los comerciantes, á fin de pedirles pruebas eficaces de su adhesion al príncipe y á la patria. Encargado fué el gobernador Rostópchin de estas convocatorias, y ningun trabajo le costó inflamar los ánimos, poseidos de una especie de patriótica furia, al ver en camino de la capital al enemigo. Ante el emperador Alejandro, viniendo á reclamar el apoyo de la nacion contra un invasor extranjero, todos prorumpieron en gritos de amor y en sollozos. La nobleza votó el alistamiento de un hombre por cada diez en sus tierras; el comercio votó considerables subsidios, y con estos hombres y este dinero se debia formar una milicia, y se calculaba que en el gobierno de Moscou ascenderia á ochenta mil hombres. Estos alistamientos, independientes de los que el emperador iba á ordenar en los dominios de la corona, debian ser imitados en todos los gobiernos no ocupados por el enemigo.

Despues de recibir tales testimonios de sincero y ardiente patriotismo, dirigióse Alejandro á San Petersburgo, para dictar allí las providencias que exigia aquella especie de levantamiento en masa, y para presidir la direccion general de las operaciones militares. La nobleza, residente en la capital entonces, se componia de viejos rusos, á quienes la edad forzaba á vivir lejos de los campos; y se extasiaba de haber traído á Alejandro al centro del imperio, de tenerle hasta cierto punto bajo su mano, lejos de las fuertes impresiones del campo de batalla, lejos sobre todo de las seducciones de Napoleón, pues siempre se temia que una entrevista en las avanzadas, la noche despues de perdida una